Miguel Rodríguez

Licenciado en historia por la UNAM y doctorando en la Universidad de París. Actualmente profesor titular en la Universidad de Reims (Francia). Ha publicado diversos trabajos de historia social y cultural, esencialmente en torno a la construcción de las representaciones: *Le Premier mai* (Gallimard, París, 1990), *Celebración de La Raza: una historia comparativa del 12 de octubre* (Universidad Iberoamericana, México, de próxima publicación). Este artículo forma parte de una investigación sobre la historia de la ortografía.

Resumen

Este artículo trata de analizar los antecedentes, las semejanzas y las diferencias que los propios contemporáneos vieron en las propuestas de reforma ortográfica de Andrés Bello, en 1823, y luego de Domingo Faustino Sarmiento, en Chile, y de Melchor Ocampo, en México. Tales propuestas se basan en la especificidad del habla en castellano en los países hispanoamericanos que acaban de acceder a la independencia política. Este trabajo relaciona esta reflexión sobre la escritura y el lenguaje con la evolución de una conciencia específica y con la construcción de las identidades nacionales. Por otra parte, intenta someramente situar estas consideraciones en el contexto de su época, evocando el interés de las instancias oficiales por la ortografía tanto en España como en Francia.

Palabras clave:

Ortografía, Bello, Sarmiento, Ocampo, México, Chile.

Abstract

This paper analyzes the antecedents, similarities and differences perceived by the contemporaries in the orthographic reforms proposed by Andrés Bello in 1823, by Domingo Faustino Sarmiento later in Chile and Melchor Ocampo in Mexico. Such proposals were based on the specificity of the Spanish language spoken in the Hispanic American countries which had recently achieved political independence. The article relates writing and language with the evolution of a specific consciousness and with the construction of the national identities. The paper also intends to place these considerations in the context of its time, showing the interest in orthography by the official institutions in Spain as well as in France.

Key words:

Orthography, Bello, Sarmiento, Ocampo, Mexico, Chile.

Fecha de recepción:

noviembre de 2001

Fecha de aceptación:

mayo de 2002

“Coincidencias”: la ortografía y la construcción de las naciones hispanoamericanas

Miguel Rodríguez

¿Por qué hai un hombre en Méjico que piensa idénticamente como otro en Chile? ¿Por qué se levanta a un mismo tiempo en los dos extremos de la América Española la misma protesta contra el error dominante, el mismo deseo de formarse una escritura que represente el lenguaje americano? ¿Es fortuita esta coincidencia singular?¹

¿Coincidencia “la misma protesta contra el error dominante”? ¿Coincidencia el “mismo deseo de formarse una escritura” —así como un código ortográfico— propios a una expresión americana?² En el Chile de los años 1840, en el fragor de las célebres polémicas con Andrés Bello y sus discípulos, el argentino Domingo Faustino Sarmiento formula estas preguntas al saber que en la ciudad de México, lejana por la distancia, la falta de comunicaciones y las guerras civiles, un ilustre desconocido plantea una reforma ortográfica casi en los mismos términos que él.

¹ Sarmiento, “Ortografía”, 1909, vol. IV, p. 140.

² Coincidente es también el interés que comparto con Bárbara Cifuentes en esta problemática. Su ayuda ha enriquecido considerablemente este artículo.

“Coincidencias”, no es la primera vez que las constatan letrados y estudiosos de la lengua en las propuestas de reforma de la ortografía española en lugares y medios distintos —alejados en la inmensidad del espacio hispanoamericano. En la década de 1820 un diario mexicano reproduce el proyecto de Andrés Bello y Juan García del Río, elaborado en Londres. Pero es ya claro que ideas similares han aparecido, desde principios de ese siglo, tanto en la metrópoli, como en la colonia más poblada —en la capital mexicana y en las ciudades de Veracruz y Jalapa...

Ciertamente la primera mitad del siglo XIX es una época de un activo reformismo en cuanto a la lengua: entre los peninsulares, Bartolomé José Gallardo, Antonio Puigblanch, José Joaquín de Mora, Mariano José Sicilia, José Mariano Vallejo, Lamberto Pelegrín —quien transcribe a Cervantes con una ortografía nueva... Algunos de ellos, emigrados en Londres y en contacto con Bello, pudieron influenciarlo. En la presentación de las ideas lingüísticas del venezolano, Ángel Rosenblat recoge varios de los rasgos comunes a estos entusiastas del criterio fonético en ortografía, que justifican por la herencia de Quintiliano.

Estas propuestas pugnan por simplificar el código ortográfico, que debería se-

gún ellos ser más fiel a la lengua oral.³ Pero ninguno de estos autores evoca las especificidades del castellano hablado en América, ni tampoco la pronunciación de ciertas regiones españolas, como Andalucía.⁴ Bello y García del Río, como Sarmiento más tarde, insistirán en cambio en la necesidad vital para los hispanoamericanos de una reforma del código en función de la independencia a la que acceden a principios del XIX. A pronunciación diferente, observan, diferente ortografía; a una nueva situación política, una nueva ortografía.

Sarmiento considera estas coincidencias con los contemporáneos como el signo de un movimiento irreversible, asociado a la evolución política, subrayando que nada sucede por el mero azar:

¿Quién es el autor, el jefe de la revolución de la independencia en el continente americano? Nadie. Eran los antecedentes, era la época [...] Esto que sucede en las grandes cosas, sucede en las pequeñas, si puede llamarse pequeño el escribir nuestras palabras de manera que representen nuestros sonidos.⁵

³ La relación biunívoca entre un sonido y una grafía –que llamaremos el criterio acústico– es ciertamente más importante en el castellano que en otros códigos lingüísticos. Pero existen otros criterios en la fijación de las reglas ortográficas, como el criterio etimológico, que remite a la historia del vocablo, el uso y la diacrisis (la diferenciación de homófonos).

⁴ Mariano José Sicilia quiere suprimir la “h” pero considera que la distinción entre “s”, “z” y “ce” debe mantenerse, puesto que “vicio es particular en España y muchas partes de Andalucía y adolecen de él principalmente Gerezanos y Cordobeses, la pronunciación de los Gitanos también”, Sicilia, *Lecciones*, 1827.

⁵ Sarmiento, “Ortografía”, 1909, vol. IV, pp. 141-142.

Este trabajo intenta rastrear estas coincidencias entre diversos autores, particularmente entre los que protagonizan la polémica en Chile de los años cuarenta –Bello y Sarmiento– y los que manifiestan las mismas ideas en otros lugares. El nexo que tejen estos autores entre reforma ortográfica y revolución de independencia explica su selección. En una primera parte se tratará de la recepción que tuvo en México el proyecto de Bello de 1823, así como los antecedentes que en este país pudo haber tenido. En una segunda parte se desarrollará la recepción en Chile de las propuestas de un mexicano –en 1844– y el papel que desempeñaron en el debate de Sarmiento con los discípulos de Bello. Relaciones constantes, coincidencias que son, como dice éste, “una muestra inequívoca de que el pensamiento americano se despierta ya en el continente i aspira a revestirse de sus propios colores, del tinte nacional que ha adquirido con su nueva existencia”.⁶

I

En 1823, el venezolano Andrés Bello publica en Londres sus *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América*, propuestas que tendrán un gran eco unas décadas más tarde cuando fundará y dirigirá la Universidad de Chile. Tanto en este texto como en su famosa *Gramática castellana destinada al uso de los americanos*, Bello sueña con una época en que “la escritura uniformada de España y de las naciones americanas presentará un grado de perfección descono-

⁶ *Ibid.*, p. 140; en el texto de Sarmiento es interrogativa la frase.

cida hoy en el mundo".⁷ Rechazando como absurdo el criterio etimológico, volcado hacia el pasado de la lengua, reivindica la herencia de Nebrija y de Mateo Alemán. Y consciente de los esfuerzos de la Academia en simplificarla en las ediciones de su *Diccionario* de esos primeros años del XIX –1803, 1815–, Bello se asombra del espíritu liberal ("bien diferente del que suele animar tales cuerpos") así como de la facilidad con la que se acogían estas reformas. Al propiciar un aprendizaje más fácil de la lectura y de la escritura y al fortalecer el lazo lingüístico que integra a las nuevas naciones, tales propuestas tendrán una dimensión educativa y contribuirán a la homogeneización cultural de las nuevas naciones: "se han perdido las lenguas aborígenes desde que los españoles sojuzgaron al nuevo mundo –i aún entre aquellos que han empezado a civilizarse, la lengua castellana es la que prevalece".⁸

El año siguiente, 1824, *El Sol* publica en México⁹ las *Indicaciones* de Bello, que suscitan la reacción de un lector, escrita con una ortografía innovadora: supresión de la hache, supresión de la "u" en las sílabas "que", "qui", "gue", "gui", transformación de la equis, uso de la jota para los sonidos correspondientes a "ge" y "gi"; la zeta se conserva mientras que la "ce" se atribuye a los sonidos <ca>, <co>, <cu>... El lector del periódico, que firma su carta con las iniciales "N. N.", reproduce el prólogo de un libro escrito con esta ortografía reformada, libro del cual dice inspirarse:

⁷ Citado por Rosenblat, "Ideas", 1960, p. xc.

⁸ *El Sol*, 26 de junio de 1824.

⁹ *El Sol*, órgano de las logias masónicas, de tendencia escocesa, es centralista y, por lo tanto, de oposición, en 1824.

Las instrucciones morales del sr. Martini arzobispo de Florencia sobre los sacramentos de la Iglesia. Dirigiéndose a Bello y a García del Río a través del periódico mexicano se ufana este anónimo lector de compartir su orientación: "me parece qe à llegado el caso de qe se cumplan los deseos de uds. y los míos. Todos los qe an escrito antiguamente y modernamente de la materia, estan conformes en los prinzipios, y todos varian en azcidentes".¹⁰ Y luego cita, entre las propuestas de reforma,

la qe escribio è imprimió en esta ziudad [México] D. José Ybargoyen, otra de un anonimo publicado en Madrid el año de 1803, la de D. Gregorio Garcia del Pozo, impresa en la misma corte en el año de ... y los opusculos dados a luz en 821 y 823 en Veracruz y Jalapa por el profesor de primeras letras D. Feliz Mendarte.

Unificar a esta multiplicidad de reformadores –hoy desconocidos en su mayoría–, ignorando sus inevitables desavenencias, sería la labor que dicho lector atribuye a una asociación literaria, tal como una Academia de la Lengua. Molesto por los críticos que se habrían opuesto al nuevo sistema, hubiera querido responderles, pero dice no haber tenido tiempo:

me consuelo con la fundada esperanza de qe Mejico tenga la gloria de perfeccionar el alfabeto, y silabario castellano, y de mejorar mucho el diccionario de la academia española. Para ello creo qe contribuiran uds. como procurara azerlo en la parte qe pueda su servidor. N. N.¹¹

¹⁰ Citado por Rosenblat, "Ideas", 1960, p. xcvm, nota 109.

¹¹ *Ibid.*

¿Quién es el misterioso firmante de la carta? Sólo se pueden plantear hipótesis. El libro de Martini, arzobispo de Florencia—cuyo título es *Instrucciones sobre el Misterio de la Eucaristía...*—, impreso en Guatemala en 1801, fue traducido por Jacobo de Villa-Urrutia. Nacido éste en 1757 en Santo Domingo, hijo de un criollo nacido en Nueva España, más tarde cuñado del famoso minero Francisco de Fagoaga, Villa-Urrutia estudió en la metrópoli para luego convertirse en importante funcionario en las audiencias de Guatemala y de México. Como lo indica su biografía en la célebre *Biblioteca hispano-americana septentrional...* de Beristain, “uno de los genios más zelosos y aplicados por la ilustración y felicidad nacional ya en España y ya en la América”, fue fundador de la *Gazeta* en Guatemala—así como promotor de la Sociedad Económica— antes de pasar a la capital novohispana, donde fundó con Carlos María de Bustamante el *Diario de México*. Pedro Henríquez Ureña, quien se interesó mucho por tal “personaje ‘muy siglo XVIII’”, por este espíritu ilustrado que contribuyó a introducir la novela inglesa al mundo hispánico, da algunas informaciones sobre su interés por las reformas de la ortografía que no suplen sus escritos sobre el tema, los cuales nos son desconocidos:

Villa Urrutia pretendió adoptar para el diario, y en contra de la opinión de Bustamante, una nueva ortografía, que como dice aquél “trastornaba la de la Academia de la lengua castellana e inducía la misma novedad chocante que Voltaire cuando intentó que la lengua francesa se escribiese como se hablaba”. Esta ortografía se usó en una hoja-prospecto en la que se anunciaba la publicación del periódico y se exponía su plan;

pero Iturrigaray se opuso a que fuera escrito el “diario” y Villa Urrutia tuvo que desistir de su intento.¹²

La advertencia al libro de Martini parece haber sido escrita por su mismo traductor, quien justifica el interés de sus innovaciones ortográficas mediante un “nosotros” que deja pensar que se trata de la misma, única, persona:

finalmente no introduzimos ninguna letra, o signo nuevo, y nos valemos de los nece-sarios del alfabeto castellano para los sonidos que todos les dan. De esta manera se han escrito de un siglo a esta parte varias obras, y buenos discursos en los diarios de esta ciudad, en los de Méjico, y en las recomendables gazetas de Guatemala, que permanecen victoriosos, aunque varían en accidentes: y creemos que si no los siguen todos los que los han leído, es por lo que dijo el poeta, *quæ in verbes, disdicere, senes perdenda fatterè erubescunt*. El traductor de ambas obras es viejo, y a escrito e impreso otras varias en el metodo comun[...].¹³

Y después de haber transcrito la advertencia al libro de Martini, N. N. agrega algunas consideraciones que van a completarla:

conservo en mi poder una carta en que se oponen las objeciones mas fuertes contra el

¹² En Agüeros de la Portilla, “Periodismo”, 1910, t. II, p. 448. José de Iturrigaray es el virrey que gobernó a partir de 1803 y tomó partido por los criollos durante los sucesos de 1808, lo que ocasionó su destitución. Véase también el artículo de Pedro Henríquez Ureña, “Villaurrutia”, 1984, publicado en 1927 en *Humanidades de La Plata*.

¹³ Rosenblat, “Ideas”, 1960, p. XCVIII, nota 109.

sistema por un sujeto de la mas recomendable opinion. Cuando la revivi, prinzipié a escribir un discurso azerca de la materia, que por ocupaciones y contratiempos no é podido continuar.¹⁴

Contestar en estos términos a las objeciones en contra de la ortografía reformada sólo puede concebirse en alguien que la haya promovido activamente, quizá la misma persona: ¿quién más que el propio Villa-Urrutia? En estos primeros años posteriores a la independencia, de regreso a México después de un periodo de alejamiento forzado, Villa-Urrutia vuelve a asumir puestos importantes, como la presidencia de la Suprema Corte: que firme una declaración como un misterioso lector, simple simpatizante de las Indicaciones de Bello, ¿hay que atribuirlo a su posición pública o a sus conflictos de antaño, cuando fundó el *Diario de México*?

En todo caso, como traductor de Martini, Villa-Urrutia parece ser un precursor de las ideas ortográficas de Bello. ¿Habríase inspirado en él? Numerosos españoles e hispanoamericanos, durante su exilio en Londres, tejen una red de intercambio y de amistad, por la que circulan ideas de reforma de toda índole.¹⁵ Bartolomé José Gallardo, Antonio Puigblanch, José Joaquín de Mora son algunos de los emigrados que escribían con una ortografía nueva, lo que Sarmiento más tarde no dejará de señalar. Estos letrados liberales y estos patriotas americanos solían encontrarse en círculos londinenses, tales como el de Holland House, en el

que también participaban criollos pudientes como los Fagoaga y los Villa-Urrutia; es conocido el hecho de que el sobrino de don Jacobo, Wenceslao, desempeñó un importante papel durante estos años de destierro.¹⁶ Para Ángel Rosenblat, el compilador y presentador de las ideas ortográficas de Bello, “ese momento londinense es decisivo en el desarrollo posterior de la reforma ortográfica de Chile y en la constitución de lo que se llamó después ‘ortografía chilena’”.¹⁷

No hay que desdeñar el eco y la importancia del *Diario de México*, fundado por Villa-Urrutia y Bustamante, que imitaba los periódicos de la capital del imperio, con artículos sobre las artes, las letras y las ciencias —pero no sobre política, como lo había exigido el virrey Iturrigaray para autorizarlo.¹⁸ A pesar de las intenciones del primero de esos fundadores, el *Diario* no es el canal para esa ortografía nueva, pero se aborda el tema, por ejemplo, al criticarse las faltas que aparecen en las inscripciones en la vía pública, juzgadas como primeros síntomas de una degeneración de la lengua:

es importante que esta lengua que se ha hecho universal, no sufra alteración alguna, especialmente en sus principales signos: porque a la larga el pueblo, que da la ley en cuanto al idioma, puede corromper una lengua y sustituirle una jerga miserable. Los primeros errores consisten en la ortografía.¹⁹

Comparadas con dibujos indecentes o con palabras obscenas, esas faltas de orto-

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Habría que estudiar la transmisión de las ideas lingüísticas en el periódico de los liberales en Londres, *El Español*.

¹⁶ Véase Jiménez Codinach, *Gran Bretaña*, 1991.

¹⁷ Rosenblat, *Ideas*, 1960, p. CI.

¹⁸ Según Wold, *Diario*.

¹⁹ *Diario de México*, vol. V, 12 de febrero de 1807.

grafía ensucian los muros y por ello deberían ser objeto de la labor de policía que, según dicho artículo, se preocupa ya del lodo y de la basura... Si tales afirmaciones no son obviamente las de un reformador del código ortográfico, muestran que juzga a la ortografía como una cuestión de orden público, como una cuestión esencialmente política.

Otro artículo del *Diario* trata de la pronunciación usual en México, que es una de las razones que dan los reformadores para plantear sus propuestas. Comenta lo que, según una lectora, sucedió a una amiga suya: por intentar pronunciar la zeta, la “c” y la “s” de modo culto, “se le trastornó la cabeza y de la noche a la mañana se nos ha vuelto una gachupina muy refinada”.²⁰ Considerando además que para las mujeres, por falta de educación, es todavía más arriesgado lanzarse a estos difíciles ejercicios verbales, la lectora saca su conclusión:

veo que los aldeanos hablan de un modo, de otro los plebeyos y los civilizados de otro: que lo mismo es en España y allí se distinguen los andaluces, los vizcaínos y los dos de los montañeses, gallegos, &c. es decir que cada nación tiene su modo característico que la distingue y que por lo mismo a la nuestra no se le debe reprochar el suyo, porque no se parece al que se usa en Madrid ni hay tampoco un fundamento racional para ello.²¹

El comentario del *Diario*, respuesta al caso evocado por la lectora, sostiene que padres y maestros deben suscitar una pronunciación correcta del castellano —esto es, similar a la de los castellanos—,

pero sin llegar a reprimir a los que incorrectamente lo hacen —puesto que castellanos no son... Este debate en el *Diario de México* suena, en 1807, como un grito de autonomía.

II

En 1843 otro emigrado, un argentino desterrado en Chile por Juan Manuel de Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, es nombrado director de la Escuela Normal. Al tener que preparar un silabario, el que luego será presidente de su país natal debe enfrentarse al problema de la ortografía. Animado por Bello, entonces rector de la Universidad, elabora ciertas propuestas de reformas al código que presenta a sus colegas. Dicho proyecto suscita en la prensa chilena una animadísima controversia, cuya temática y argumentación rebasan ampliamente las preocupaciones de los maestros y de los especialistas del idioma. Tal debate en cierto modo prolonga el que tuvo lugar dos años antes, conocido como “la controversia filológica”,²² sobre la lengua y la literatura. Ciertamente se habían dado ya, desde la época de la independencia, polémicas en Chile, un país cuya conservadora elite, culturalmente homogénea, estaba abierta a la discusión de los proyectos relativos a la construcción de la nación. Pero los principios de los años 1840 ven madurar una nueva generación y llegar a Chile la conocida

²² Norberto Pinilla la llama así en su obra, *Controversia*, 1945. El hispanista francés Paul Verdevoye distingue en su trabajo de tesis la polémica de la lengua de 1842 de la de 1844, referente más bien al proyecto de reforma presentado en la Universidad. Verdevoye, *Domingo*, 1963.

²⁰ *Diario de México*, vol. VI, 6 de septiembre de 1807.

²¹ *Ibid.*

“generación de 1837” de brillantes argentinos en el exilio.²³

Una comisión se reúne en la Universidad Nacional, entre enero y abril de 1844, para estudiar el proyecto de reforma de Sarmiento, quien publica en los diarios numerosos artículos para defenderlo. En febrero, Sarmiento encuentra un inesperado aliado al leer en *El Mercurio* y luego en la *Gazeta de Comercio* un escrito reproducido del conocido periódico de México, *El Siglo*, en el que ve singulares coincidencias con su propia opinión. Para él es una manifestación indudable de la verdad, que asocia con la modernidad.

las ideas viejas e inoportunas ceden el campo a los progresos de la razón, para estrañar las resistencias que se oponen al espíritu innovador, i [...] al fin no contribuyen a otra cosa que a hacer mas gloriosa i decisiva la victoria del pensamiento moderno.²⁴

Rechazando la ortografía española como inadecuada, se sitúa en una oposición maniquea del lado del progreso, hacia el cual inexorablemente avanzaría la historia.

En aquellas semanas de discusión en la Universidad, Sarmiento a menudo insiste en la perspectiva común con el texto mexicano, tanto en una serie de artículos publicados en *El Progreso* durante la segunda

²³ La tesis de Ana María Stuvén, delinea una década caracterizada por el consenso y el espíritu de tolerancia en el que no obstante florecieron las polémicas sobre ortografía, literatura o filosofía de la historia. Stuvén, “Social”, 1991.

²⁴ *El Progreso*, 16 de febrero de 1844, p. 196; 17 de febrero de 1844, p. 142 en Sarmiento, “Ortografía”, 1909, en donde Sarmiento subraya que “uno i otro tienen por autores a la sociedad, a los hechos constantes, a la verdad”.

quincena de febrero, como en editoriales o en otros escritos sin firma en los que se reconocen su temática y su estilo. Y para que más claramente aparezca el parentesco con sus propias palabras, Sarmiento llega a reproducir citas de *El Siglo*, como en una argumentación a dos voces. Resume tales coincidencias en un texto que atribuye a un anónimo lector:

el escritor de Méjico pide la supresión de las letras *c, v, x, b, z, k*, i el señor Sarmiento reclama la supresión de las mismas letras, con la diferencia de que el último conserva la *c*, en los sonidos *ca, co, cu*, i el primero quiere en estos casos reemplazar dicha letra por la *q* que el señor Sarmiento aplica a las sílabas *qe, qi*. Como, en efecto, el valor de ambas letras en esos casos es uno mismo, creemos con el escritor mejicano que debiera reemplazarse la *c* por la *q* en las sílabas *ca, co, cu*, i por la *s* en las sílabas *ce, ci*. La *c* es inútil.²⁵

De esas coincidencias Sarmiento saca su conclusión: “como se ha visto ya por las publicaciones de otros diarios i la Correspondencia del nuestro, el mundo español está en vísperas de una completa revolución ortográfica[...]”.²⁶

Sarmiento se funda en el hecho de que la pronunciación del español, tanto en Chile como en México, difiere de la que se oye en España. El argentino insiste en que no es ni vicio ni defecto del que hay que avergonzarse sino un rasgo general a la población, una especificidad america-

²⁵ *El Progreso*, 27 de febrero de 1844, en Sarmiento, “Ortografía”, 1909, p. 194.

²⁶ *El Progreso*, 27 de febrero de 1844, en *ibid.*, p. 197. El editor de las *Obras completas* reconoce en una nota que Sarmiento “alude a su propio artículo”, que no es otro que la carta enviada por un lector anónimo al periódico.

“La siembra” (para la película *Pueblerina*), 1948.
Grabado en linóleo
42 x 30.8 cm.

na que debe ser motivo de orgullo. Puesto que la razón, los avances del progreso y el curso de los acontecimientos separaron a los americanos de la metrópoli, se deduce como necesaria también una revolución intelectual: revolución en la idea que se hacen de sí mismas las nuevas naciones.

Con formulaciones a veces irónicas que siguen siendo actuales, Sarmiento critica a los que se esfuerzan por imitar los sonidos del español peninsular. Con una dicción insegura se traban a cada frase, pudiendo sólo mediante una esforzada memorización o gracias a las convenciones del arte dramático de la época, llegar a expresarse con una especie de hipercorrección. Famoso pedagogo —y formador de educadores como director de la Escuela Normal—, Sarmiento juzga que es imposible aprender en la escuela una pronunciación distinta de la que mamó el niño en sus primeros días. Lo absurdo de esas pretensiones se resume en una fórmula que encuentra Sarmiento en *El Siglo*: “el español escribe como pronuncia, i el mexicano que quiere imitarlo, pronuncia como escribe”.²⁷ Entre los sonidos distintos de los dos lados del Atlántico, tanto nuestro autor argentino como el texto mexicano indican la omnipresencia en América del [s], lo que excluye el [z] castellano. Además, el [s] hispanoamericano no se pronuncia como en la península: “la s española tiene siempre un sonido semejante a la “ch” francesa, a la “sh” inglesa o a la “sc” italiana”²⁸ —repite Sarmiento lo que dice el artículo mexicano. Si ambos juzgan que el fenómeno del “seseo” es

esencial en el español de América —tanto ellos como hasta nuestros días la opinión común—, Sarmiento a veces evoca, como un caso frecuente, la omnipresencia del sonido [b]. Los que pronuncian un sonido [v], para poder oponerlo al [b], son los que han aprendido a leer la letra correspondiente y, muy a menudo, a reconocerla en una lengua extranjera.²⁹

Sarmiento quiere fundamentar su opinión observando hechos lingüísticos en los países que ya conoce, así como en los testimonios del escritor mexicano. Quiere oponer esta actitud basada en la experiencia, que considera racional, a la de los gramáticos contra los que a menudo arremete: “no he procedido como mis antagonistas que recostados en un sillón emiten su parecer sin curarse mucho de los hechos”.³⁰ Pero a pesar de ello, el argentino definitivamente se equivoca cuando pretende extender sus observaciones lingüísticas a toda Hispanoamérica:

lo que sucede en Méjico i Chile, sucede en la República Argentina, en Bolivia, Perú, Venezuela, etc. Todos los americanos que he escuchado, me han dado los mismos resultados, siempre la misma pronunciación de la s i la b.³¹

Se entiende que, no habiendo entonces viajado sino entre su país natal y el vecino Chile, teniendo apenas unos 30 años de

²⁷ *Ibid.*, p. 194.

²⁸ *El Siglo*, citado por Sarmiento, *El Progreso*, 21 de febrero de 1844, en Sarmiento, “Ortografía”, 1909, p. 163.

²⁹ Otros reformadores, juzgando también que en español no existe la distinción entre [b] y [v], la cual es pertinente en otras lenguas, preconizan el empleo de una sola letra. Así por ejemplo, la *Gramática filosófica de la lengua española* de A. M. Noboa, corregida, aumentada i mejorada por José Segundo Florez, A. Lefevre, París, 1853, que gozó de una gran audiencia.

³⁰ Sarmiento, “Ortografía”, 1909, p. 164.

³¹ *Ibid.*

edad, Sarmiento no conociera la multiplicidad de sonidos y de formas dialectales del español americano. En cambio, se preocupa por los problemas sociales y políticos de los nuevos Estados, en primer lugar por su separación de la vieja metrópoli. Ignorante o voluntarista, Sarmiento imagina así una comunidad lingüística unida en torno a una pronunciación única, distinta de la española —algo para él tan indiscutible como la existencia del sol... A partir de presupuestos geopolíticos, una comunidad lingüística homogénea en las Américas aparece paralela e independientemente a una comunidad lingüística, homogénea también, en España —ignorándose las diferencias entre andaluces, castellanos y catalanes.

Cuando Sarmiento explica su único desacuerdo con la propuesta mexicana —que aboga por la supresión de la “ll”—, no se imagina que este sonido pueda ser valorizado diferentemente según las zonas dialectales del español americano. Si en la actualidad se considera a Chile y a gran parte de México como regiones de “yeísmo” —la falta de oposición fonológica, o dicho de otro modo, la confusión entre el /y/ y el sonido palatal que representa la “ll”—, parece ser que este fenómeno observado desde los tiempos de la colonización no tuvo en América un desarrollo tan rápido y extenso como el “seseo”. Los dialectólogos saben además que, desde la época colonial, en la región del Río de la Plata el fonema /ʌl/ se convierte en una fricativa palatal /ʌʃ/. La experiencia del autor argentino explicaría entonces por qué no entiende que los mexicanos suponen que la grafía “ll” corresponde al “l” seguido de “y”.

No solamente por la pronunciación difiere el español americano. En los dos

países surgen precisamente, en la década de 1840, vocabularios que recogen locuciones y términos específicos a cada uno de ellos: es una coincidencia que también complace a Sarmiento. En 1842 *El Mercurio* de Valparaíso publica una lista de vocablos juzgados como incorrectos por arcaicos o populares, lo cual suscita violentas críticas y numerosos comentarios, como los del periodista argentino y del veterano gramático venezolano. Un vocabulario es así lo que desencadena la primera polémica. Y un vocabulario específico a Chile lo que lleva a Sarmiento a plantearse la cuestión de una lengua específicamente americana. En México las propuestas enviadas a *El Siglo* responden también a una “invitación a los estudiosos” para que elaboren un vocabulario, invitación hecha por alguien que en el periódico firma como “autor del *Idioticón hispano-mexicano*”. Él mismo explica este término como una lista de idiotismos, tanto vocablos de uso exclusivo a México —que por ende no aparecen en el *Diccionario de la Real Academia*—, como vocablos que aparecen en esta obra pero que en México tienen otro sentido. Esta investigación sobre “provincialismos” va acompañada de la propuesta de nuevas convenciones ortográficas —de una posible reforma en el número y en el orden de las letras.³²

³² “Que el orden de las palabras es éste: A e i o u M b p : f s ch : d t : l n erre rre ye ñ : gue que : je : [puntuación original de *El Siglo*]. Que ch está representado por sólo h; rre por las R inversas; gue por la g también inversa; que por c inversa; y que no emplea v, c, h, g, ll, q, x, ni z sino para anotar la escritura de que son susceptibles las palabras del *Idioticón*, arreglándolas a la ortografía común”, “Invitación a los estudiosos”, *El Siglo*, 3 de septiembre de 1843, p. 2.

A tal convocatoria responde un lector. Sus comentarios, los cuales suscitan el entusiasmo de Sarmiento, aparecen en el renombrado diario de la ciudad de México que, con el nombre completo de *El Siglo XIX*, es órgano del pensamiento liberal durante una gran parte de dicho siglo. En sus páginas se tratan regularmente asuntos referentes a la lengua y a la crítica literaria —en los años cuarenta en una sección autónoma llamada *El Zurriago* que, concebida por el conde de la Cortina, fue en sus inicios un periódico independiente. Primera revista mexicana de estudios literarios y lingüísticos,³³ *El Zurriago* pretende ser un verdadero látigo para corregir, educar y mejorar el idioma. Como otras revistas entre 1835 y 1855, animado por el conde de la Cortina cuyos numerosos textos, algunos publicados en periódicos de amplia difusión, muestran una sólida conciencia lingüística, *El Zurriago* trata de los letrados en la calle, de barbarismos y solecismos, o aun propone un “mapa logogeográfico”...

En el contexto mexicano existe también un debate sobre la lengua, aunque no parece haber sido tan encendido como en Chile. Quizá sus participantes sean menos conocidos en el escenario público: ¿quién es justamente quien concibe el *Idioticon*?, ¿y quién le contesta, firmando con una “N.”? Si este último, que Sarmiento a menudo cita, podría ser un tal Núñez, de quien no se tienen mayores precisiones,³⁴

en cambio el autor del vocabulario y promotor de la reforma ortográfica es sin duda Melchor Ocampo, el célebre político liberal. En efecto, la convocatoria que en *El Siglo* era casi anónima, dio lugar a un texto publicado después de la muerte de su autor: a partir de los manuscritos que se encontraban en casa del hijo de Ocampo, Ángel Pola elaboró una edición a fines de siglo en un periódico de Morelia, y con un título un poco distinto del que quería darle su autor: *Idiotismos hispano-mexicanos*.

Nacido hacia 1815 y asesinado en 1861, Ocampo emprendió a principios de los cuarenta un viaje a Europa, en el que se interesó tanto en las ciencias naturales como en la cocina francesa y en los progresos de la modernidad que representaba París. Atento a las diferencias lingüísticas que descubre durante su travesía, conociendo el Diccionario que Vicente Salvá acababa de publicar, el joven Ocampo le propone al lexicógrafo una especie de suplemento que incluiría los vocablos específicos a su país natal, cuyo español era tan distinto del peninsular.³⁵ Aunque convenció al editor de lo importante que era el trabajo, nunca culminó el proyecto. Al regresar a México dos años después, Ocampo publicó en *El Siglo XIX* algunas notas de introducción a su glosario, que quería ver enriquecido con las contribuciones de los lectores del diario. Pero el

³³ Según el estudio de Ruiz Castañeda, “Conde”, 1974, se le da el título de *El Zurriago* a varios periódicos que menciona, en 1821, el catálogo de Hartzbusch. Sáiz y Rodríguez, “Gallardo”, 1921, p. 306, nota 1.

³⁴ En el *Diccionario Porrúa* o la *Enciclopedia de México* sólo se encuentra a Ramón María Núñez

(1815-1881), político liberal cuya vida transcurre en el estado de Veracruz. Escribe poesía desde su juventud y funda una escuela en su región natal. A principios de los cuarenta, tras empezar una carrera eclesástica en el seminario, estudia Derecho en el Colegio de San Gregorio. ¿Era él quien escribía en *El Siglo*? Nada permite afirmarlo.

³⁵ Véase Cifuentes, “Dialecto”, 1997.

trabajo se quedó casi en un estado de proyecto, no pasando de unas 60 páginas, ya que su autor, sumergido en las luchas entre conservadores y liberales, nunca pudo volver a dedicarle tiempo.

Antes de proponer variaciones gráficas y de presentar su vocabulario, Ocampo revisa nociones que le parecen esenciales para su tema. Apoyándose en la lectura de Beauzée y de otros gramáticos del siglo XVIII, trata de definir la lengua y el dialecto, a pesar de las dificultades que plantea este concepto. Según él, no sólo los especialistas no dan un significado preciso a términos como “jerga, dialecto, parentesco”, sino que se necesitarían otros para distinguir las variedades de una lengua —ampliando, por ejemplo, la dimensión del “provincialismo”:

cuando he oído la pronunciación siflante (del ge francés) que los mexicanos y poblados dan a la ye; cuando he notado la entonación de un colimeño tan diversa como la de un queretano, he deseado encontrar nombres que se aplicaran a estas diferencias... y no he encontrado tales nombres.³⁶

Tales diferencias naturales, meras variaciones en el “estilo” de hablar —semejantes al tartamudeo o a una voz gangosa—, permiten reconocer el origen del individuo: familia, pueblo, comarca o nación. Y puesto que faltan los términos para designar exactamente cada conjunto de diferencias, Ocampo limita el marco del “dialecto” a una dimensión nacional.³⁷

³⁶ Ocampo, *Obras*, 1985, vol. III, pp. 83-84.

³⁷ *Ibid.*, p. 86; “Si subiendo solamente desde el individuo que no puede pronunciar eres, por los escalones de familias que tienen tal o cual vicio orgánico; de pueblos que ocupan tal localidad o tienen

Al observar en “la República de México” —dice— la pronunciación que se da a las letras “z”, “ll” y “c” (ante “e” e “i”), el empleo de “tl”, el uso de numerosas palabras diferentes o paralelas del castellano, la entonación, Ocampo afirma categóricamente que los mexicanos hablan algo distinto de la lengua peninsular.

Y que esta cosa sea un dialecto y que merezca respetarse, acatarse y atenderse, proviene de que no es el producto de la ignorancia, o el extravío de uno u otro original, sino el uso general de ocho millones de habitantes que en sus tribunas, en sus foros, en sus pulpitos, en parte de sus teatros, en sus reuniones más escogidas, y por sus sabios, sus diplomáticos, sus magistrados, sus oradores y sus poetas quieren hablar así y así hablan.³⁸

Ocampo reivindica así el habla de sus compatriotas, tanto de la elite —letrados, científicos, políticos— como de la población en general. Al insistir en el criterio

tal ocupación, de distritos cuyo suelo y productos la modifiquen, llegaremos hasta naciones, cuya existencia política y tradiciones históricas, cuyos productos naturales, posición, clima, estado de civilización o relaciones con el mundo, dan al modo con que expresan sus conceptos por el habla, un tinte particular, común a todos sus habitantes y fácilmente reconocible y explicable. Esto será el dialecto. Ahora bien, este tinte particular no puede consistir sino en los mismos caracteres que hacen distintas las lenguas entre sí; pero tomando estos caracteres en consideraciones de importancia que las sirven para distinguir aquéllas.” La construcción de este párrafo deja creer que el término “dialecto” supone la existencia previa de la nación: en este marco debe usarse el término, lo que confirma lo que sigue. *Ibid.*, pp. 86-87.

³⁸ *Ibid.*, pp. 86-87 (recordemos cómo valoriza Sarmiento lo que llama “el uso común i constante chileno”).

fonético que hay que pensar en el marco nacional, Sarmiento expone una idea semejante:

cuando se dice pronunciación entre literatos, para que de ella dimanen las reglas que han de dirigir la ortografía, no se habla de la pronunciación individual, por estar sujeta a vicios de organización, hábitos provinciales, ignorancia, etc. Por pronunciación se entiende la pronunciación nacional, aquella que se observa en la parte culta de una sociedad.³⁹

Y da como ejemplo el caso, en el país en que está radicado, de [sordao], que no debería ya escribirse “soldado” si los literatos —y con ellos la nación toda— pronuncian así.

Elitista y democrática a la vez, esta visión la encontramos también, desde las primeras líneas, en el texto en que Ocampo presenta los vocablos que circulan en el México de su tiempo. “*Los mexicanos del año 1844 hablaban así. ¿Hacían bien? Nosotros creemos que sí.*”⁴⁰ Así responde a una pregunta frecuente en territorios colonizados en una lengua extranjera y que, tras romper los lazos con la potencia colonizadora, cuestionan el uso que le dan a esa lengua: pregunta recurrente en los debates sobre la pronunciación “correcta” que habría que enseñar en la escuela, con la que debe recitarse la poesía o que se oye en el teatro. Puede un artículo del *Eco de la Justicia* llegar a burlarse del actor mexicano que, reprimiendo su estilo de hablar propio, imita la dicción usada en el teatro madrileño. Pero es más generalizada la creencia de “que el teatro debe

ser no sólo la escuela de las costumbres, sino también del lenguaje, y que para hablar éste con toda propiedad se requiere indispensablemente seguir el modismo español”.⁴¹

El rasgo más socorrido del “modismo español” es, por supuesto, la interdental fricativa sorda que representa la letra “z”. Aun si en casi todas las regiones hispanohablantes fuera de Castilla, este sonido se neutraliza en [s], el “seseo” es juzgado como producto de la ignorancia de los analfabetas, como la deformación de una lengua pura, expresada en el código escrito, a la que no tendrían acceso. Recordemos la gran diferencia entre la propuesta de reforma ortográfica de Bello y la de Sarmiento: aquél conserva la distinción pertinente de los dos fonemas en dos grafías (“z” o “ce, ci”, por oposición a “s”), lo que habría llevado a la supresión del detestable “seseo”. Uno de los reformadores españoles de los años veinte, Mariano José Sicilia, juzgaba insoportable este vicio fonético en el espacio público:

se hace enteramente insufrible en la tribuna, en el púlpito y en el teatro. Entre las personas de las clases civilizadas e instruidas arguye este vicio un gran descuido en la primera educación, tanto de parte de los padres como de los maestros.⁴²

Pero el maestro Sarmiento, futuro padre de la educación en su país natal, rechaza que en el interior de las escuelas se consideren como incorrectos los sonidos que espontáneamente se pronuncian. Es la

³⁹ *Ibid.*, pp. 160-161.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 81.

⁴¹ “Pláticas de Jeremías Caza Solís y Óscar Rausel”, *El Siglo XIX*, México, 13 de mayo de 1843, respuesta al *Eco de la Justicia*, 5 de mayo de 1843.

⁴² Sicilia, *Lecciones*, 1827, p. 137 nota.

pronunciación natural y autóctona lo que caracteriza, en su opinión, a una nación. Ocampo condena también la pronunciación, artificial entre los mexicanos, de los sonidos que se consideran característicos del castellano, el “ceceo” y el “lleísmo”, atacando de paso a los pretenciosos que quisieran legislar sobre el habla natural y nacional de los territorios americanos:

sin *ces* ni *lles* pueden llegarse a adquirir y *trasm*itir todos los conocimientos, todos los adelantos posibles, y [...] si un pueblo tiene derecho para establecer lo que mejor le plazca sobre sus creencias, sobre sus instituciones, sobre sus costumbres, es el colmo del ridículo, por no decir otra cosa, pretender que no tenga este derecho sobre el uso de su pronunciación.⁴³

El empleo generalizado de sonidos y vocablos en un país de 8 000 000 de habitantes es lo que, para Ocampo, descalifica un juicio de valor sobre su habla. Y en la lengua se reúnen todos los grupos sociales de una nación: no hay mejor pronunciación de unos u otros, como tampoco existen lenguas más puras. Como lo dice el autor de un artículo en la prensa chilena,

lo que el escritor mejicano ha visto solo en su país, el señor Sarmiento ha creído verlo en toda la América, i la simultánea aparición de la misma idea en las dos estremidades del continente, muestra bien que la innovación ortográfica propuesta es de un interes americano.⁴⁴

Abunda la temática nacionalista en esta generación de románticos empeñados en la creación de una literatura que sea la

expresión de la nación. En los primeros años cuarenta —que siguen a la fundación de la primera asociación literaria del México independiente, la Academia de Letrán—, se da una intensa actividad cultural que algunos han calificado de heroica:⁴⁵ valorización romántica de la libertad, reconocimiento de una generación en el partido liberal y un proyecto político orientado a resaltar las especificidades nacionales... Esta generación se enfrenta a la anterior, más ligada con el partido conservador, que agrupa a escritores y letrados fieles a un espíritu de corrección y de tradición gramatical, obviamente fijada en España.⁴⁶

En su visión de la lengua, Ocampo por el contrario define el uso, recurriendo a Horacio, como principio único de la norma lingüística. En su propuesta de simplificación de las reglas de ortografía sólo toma en cuenta la pronunciación, desdeñando la historia de la lengua, la evolución etimológica. A las dudas de los temerosos, una por una, responde Ocampo. A la creencia de que los ignorantes cometen disparates, piensa que dejarían de hacerlo con una ortografía simplificada. En cuanto a la suposición de que la lengua, al cabo de cierto tiempo, no podría transmitirse más mediante la escritura, Ocampo invoca la historia para señalar

⁴⁵ Martínez, “México”, 1976. Al régimen del general Santa Anna se debe el primer programa, en 1842, de homogeneización de la enseñanza primaria, a través de una sola lengua.

⁴⁶ “Esta alternativa ideológica, cuya arbitraria simplificación se mantuvo vigente desde la década de los años treinta hasta las postrimerías del siglo, fue una fuerza muy activa de cambio y proselitismo, que hacía luchar a los escritores por la transformación del país, de la sociedad y de la cultura en favor de las convicciones de cada uno”, *ibid.*, p. 288.

⁴³ Ocampo, *Obras.*, 1985, vol. III, p. 87.

⁴⁴ Sarmiento, *Obras.*, 1909, p. 193.

cómo en diversas épocas ha sido diferente la pronunciación del castellano sin que por ello haya dejado de trasmitirse la lengua.

Sarmiento también evoca la evolución del idioma, que no se ha detenido en Francia o en Inglaterra a pesar de la existencia de reglas ortográficas —como, en español, el que haya sobrevivido la letra “v” no ha impedido la desaparición de un sonido correspondiente: “dejemos, pues, al idioma seguir su misteriosa marcha”.⁴⁷ Y es que para Sarmiento no hay que confundir lengua y escritura, dos palabras que representan dos cosas distintas. Si a este respecto Ocampo es menos categórico, de todos modos define la escritura alfabética como una representación gráfica del habla y piensa que, para estudiar las lenguas, hay que observar aspectos que no se limitan al código escrito, tales como la prosodia y la entonación.

El trabajo de Ocampo sobre la lengua es pues particularmente interesante. Pensador que se interesa en un amplio espectro de temas para así contribuir al desarrollo intelectual de su país, inspirándose en las teorías lingüísticas conocidas durante su viaje a Europa, Ocampo toma partido, en un sentido muy nacionalista, en los debates sobre la especificidad de la lengua colonial implantada en México. No sólo elabora propuestas de reforma, como Sarmiento, sino que pretende realizar una descripción de la lengua considerada como nacional, a la par que Bello. Los tres, hombres de acción que utilizaron su pluma para el combate; que vieron, los tres, en la lengua una cuestión profundamente política.

Influenciados los tres por las preocupaciones nacionalistas de su época, tienen

otro punto en común. Fuera de su país natal —Bello en Inglaterra, Ocampo en Francia, Sarmiento en Chile—, en contacto con otros hispanohablantes con los que contrastaban las palabras usadas y su pronunciación, las propuestas de estas tres figuras son el fruto de una reflexión, introspectiva y comparativa, sobre su propia lengua. En el caso de Melchor Ocampo, en particular, descubrir Europa —la alimentación, la economía, así como muchos otros aspectos— le sirvió de viaje de iniciación: uno de sus biógrafos insiste en que tal descubrimiento fomentó en él el conocimiento de su propio país y contribuyó a formar su conciencia patriótica.⁴⁸

Su *Idioticón* hace de Melchor Ocampo un precursor de los estudios sobre el español de México, lo que a menudo se ignora. No sólo nos informa sobre la manera como hablaban los mexicanos en 1844 —lo recalca el propio Ocampo—, sino que puede ser considerado como un antecedente importante de la dialectología mexicana. Cuando Joaquín García Icazbalceta publica en 1899 su *Vocabulario de mexicanismos*, se queja en la introducción a esa verdadera obra pionera de la inexistencia de trabajos que le ayuden en su labor:

no existe obra en que expresamente se trate de los provincialismos de México, mientras que otras naciones o provincias hispano-americanas han recogido ya los suyos, si bien con diferente método, varía extensión y desigual éxito.⁴⁹

⁴⁸ “Otro joven, débil al influjo de las circunstancias, después de año y medio de vida europea habría perdido el norte magnético de su patria”, Valadés, *Melchor*, 1954, p. 106.

⁴⁹ García Icazbalceta, *Vocabulario*, 1975, p. vi.

⁴⁷ Sarmiento, *Obras*, 1909, p. 132.

“Compro tu maíz” (para la película *Pueblerina*), 1948.

Grabado en linóleo

41.5 x 30.2 cm.

Las notas de Ocampo, utilizadas unas décadas más tarde por el erudito García Icazbalceta —quien sin embargo desconoció a su autor—, constituyen una primera tentativa de lexicografía mexicana: no sólo se recogen vocablos, sino también locuciones populares, dichos y proverbios, así como términos arcaizantes provenientes del castellano antiguo que persisten en algunos rincones del nuevo mundo. El propio García Icazbalceta lo subraya, retomando el análisis y la defensa del “disparate” que hemos visto en Melchor Ocampo:

¿Por qué, pues, hemos de calificar rotundamente de *disparate* cuanto se usa en América, sólo porque no lo hallamos en el diccionario? Esos mal llamados *disparates* ¿no son a menudo útiles, expresivos y aun necesarios? [...] y aun tratándose de verdaderos *disparates*, esa conformidad en *disparatar* es punto digno de estudio. Cabe menos aquí el acuerdo, y habremos de ocurrir, ya que no al arcaísmo o a la herencia común, por lo menos a alguna razón fonética, a predisposición particular de los hispano-americanos o a cierta modificación de sus órganos vocales.⁵⁰

EPÍLOGO

En las primeras décadas de vida política independiente, en los países hispanoamericanos se da así una importante reflexión sobre las especificidades de su lengua.⁵¹

⁵⁰ *Ibid.*, pp. XIII-XIV.

⁵¹ Según Sáiz y Rodríguez, “Gallardo”, 1921, p. 367, corresponde a un periodo en la historia de las ideas lingüísticas que se cierra, en el mundo hispánico, con las gramáticas de Salvá (1830) y de Bello (1832).

Las propuestas de reforma ortográfica se asocian a menudo, aquí y allá, a preocupaciones pedagógicas. Cabe recordar que un argumento frecuente es el ahorro de tiempo y de esfuerzo que se ganaría si los niños no tuvieran que aprender reglas complejas y hasta contradictorias.

Si bien se publican a principios del siglo obras que subrayan, desde el título, su fidelidad a las prescripciones de la metrópoli: *Compendio de la gramática y ortografía castellana. Dispuesto con arreglo a los de la Real Academia de la Lengua, para el uso de las escuelas de primeras letras*; en Puebla, en 1821, *Ortografía para uso de los niños y útil a toda clase de personas*,⁵² hay que destacar la novedad que supone la *Ortografía castellana acomodada a la pronunciación mexicana*, cuya primera edición es de 1830 y que se vuelve constantemente a publicar a lo largo del siglo.⁵³

Su autor, el sacerdote Nicolás García de San Vicente (1793-1845), se dedica a la instrucción pública y redacta manuales en geografía, en geometría, en gramática y en música, etc. Escrito en verso para una mejor memorización, su compendio de ortografía, destinado a los niños, quiere darles buenos consejos en tanto es mala,

⁵² El primero, en 112 páginas, editado por Benavente; el segundo, en ocho páginas, impreso en las Oficinas del Gobierno. Se subraya en este último el espíritu de divulgación popular: “es tan necesaria a las más [la ortografía] que aún sin embargo de haber egemplares de la de la real Academia damos ésta en alivio de los pobres”. Véase Garritz, *Impresos*, fichas 2411, 2784, 5091.

⁵³ En 1888 aparece la 29a edición. Las citas provienen de la 10a edición, publicada por Galván en 1853. Nicolás García de San Vicente es considerado por el *Diccionario Porrúa* como “benemérito de la instrucción pública”.

según él, su pronunciación. García de San Vicente toma en cuenta los sonidos característicos del habla de los mexicanos —en particular el “seseo”, como Ocampo y Sarmiento— pero, contrariamente a ellos, con objetivos claramente prescriptivos:

Cuando la pronunciación
baste por sí a señalar
las letras que se han de usar,
para escribir la dicción
preciso es que la sigamos
como regla universal
por ser cosa natural
el escribir como hablamos.
Mas no tomemos por guía
la pronunciación viciosa
porque ésta no hará otra cosa
que viciar la ortografía.
Debemos pues estampar
observando este precepto
instar, septiembre y acepto
no aseto, setiembre, istar.⁵⁴

En México, a pesar de los debates en *El Siglo XIX* y lejos del reformismo chileno, parece haber reinado un código ortográfico muy fiel a las reglas académicas, como podría atestiguarlo el sonado éxito del manual de García de San Vicente. ¿Puede hablarse de una toma de posición oficial, de las autoridades educativas o de las comisiones especializadas en las cuestiones lingüísticas, antes de la instauración oficial de la Academia Mexicana de la Lengua, en 1875? En todo caso se tiende siempre al respeto de la norma española. Un ejemplo más tardío es el del profesor y académico Manuel Revilla, quien expone en 1914 las *Causas de por*

qué no se aprende ortografía en la Escuela Nacional Preparatoria. Tras delinear los problemas conocidos que puede explicar el seseo, propone unas cuantas soluciones, mucho menos radicales que las de Sarmiento u Ocampo: “la ortografía la tenemos que aprender de esta única manera: copiando y más copiando libros modernos y bien impresos y ayudándonos de las pocas reglas que puedan darse”.⁵⁵ Fue Revilla mismo quien, junto con el hispanista Alejandro Quijano —eminente miembro de la Academia—, rechazó en esos mismos años la propuesta de reforma ortográfica imaginada por un maestro que confiaba en las intenciones radicalmente revolucionarias de los constitucionalistas que tomaban el poder.⁵⁶ Para ellos, sólo la Academia de la Lengua española puede cuidar, a través de la norma ortográfica, que se mantengan y perduren los lazos de integración hispanoamericana —preocupación de Bello que usó como un argumento en contra de Sarmiento y de su desconocido aliado mexicano.

En España, apareció en 1844 un *Prontuario de ortografía de la lengua castellana...* destinado a las escuelas, trabajo auspiciado por la mismísima reina Isabel II, que se convierte en la regla oficial.

⁵⁵ Revilla, *Causas*, p. 16.

⁵⁶ “el espíritu rrenobador ke alienta la aktual rrebolución nasional, anela sakudir el llugo de todo lo ke aún nos keda de la dominación kolonial, indepéndisándonos de toda tutela, i dándole a todo lo ke akí usamos i produsimos un karáktter netamente nasional”: Proyecto enviado a la Secretaría de Instrucción Pública y de Bellas Artes, 14 de octubre de 1915, en Revilla y Quijano, *Dictamen*, 1916, p. 15. Véase sobre las propuestas de “ortografía rrebolusionaria” en el siglo XX, Rodríguez, “Ortografía”, 1996.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 14 (Reglas generales).

Hasta entonces los diccionarios de la Academia no tenían oficialmente un carácter prescriptivo. A partir de ese *Prontuario*, el aprendizaje en la escuela fija las normas de la ortografía cuyo uso correcto se exige en la administración pública. La ortografía se convierte en una cuestión de Estado. Señal de buena educación y por ende marca de cultura y de clase, se tratará luego de generalizar ese conjunto normativo a todo tipo de diccionarios y de manuales de idioma. Al respecto hablará Sarmiento con despecho, en 1865, de “reacción hispano-académica”.⁵⁷ A pesar de las tentativas coincidentes de Sarmiento y de Ocampo, a pesar de los argumentos pedagógicos de los educadores, a pesar de la defensa nacionalista de las particularidades americanas, en Madrid se consagra una ortografía académica.

Por su parte, los historiadores de la lengua francesa han mostrado cómo es decisivo este periodo para poner los fundamentos de esa verdadera institución que es el código ortográfico.⁵⁸ Por una parte se vuelve la ortografía una cuestión de Estado, reglamentada por las autoridades. La ley Guizot, en 1833, instaura la ortografía como una de las pruebas para el diploma de maestro—su carácter obligatorio para los exámenes y empleos públicos se generalizará luego. Así, por otra parte, es obligatoria, materia de vigilancia y de represión. La sexta edición del diccionario de la Academia francesa, de 1835, señala un regreso marcado al criterio etimológico en la transcripción de los vocablos, y en esos años se van multiplicando en las revistas de gramática diversas reflexiones

y tentativas de reforma.⁵⁹ La ortografía se convierte en una especie de “código civil” de la lengua.⁶⁰ Saber usar y dominar las normas ortográficas, como las de la “buena” pronunciación, se vuelve un elemento esencial para designar el rango social.

De estas observaciones, los especialistas de la ortografía francesa no se autorizan a sacar una conclusión tan fácil como sugerente, que iría en el sentido de que la ortografía se habría impuesto brutalmente, como una estrategia consciente de la burguesía ascendente.⁶¹ No obstante, no se puede dejar de subrayar cómo estos procesos tienen lugar en la misma época. En Francia, la nación turbulenta y dinámica que funciona como modelo cultural durante la primera mitad del siglo XIX, va a dibujarse el papel del código ortográfico en la vida de la polis. No dejaron de dirigir su mirada hacia ella las nuevas entidades hispanoamericanas, los observadores de su lengua y los reformadores de sus normas. ¿Pueden hallarse en esto también “coincidencias”?

⁵⁹ Saint Gérard, “Question”, 1976, resume estos numerosos textos que, surgidos en los medios socialistas, en torno a Fourier, presentan un interés político y didáctico más que lingüístico. Conciben a la lengua como una herramienta que contribuye a la homogeneización cultural y a los que escriben como obreros que trabajarían con una mayor eficacia.

⁶⁰ Es la expresión de Benveniste y Cherviel, “el Diccionario de la Academia se convierte en el Código civil de la escritura”, Benveniste y Cherviel, *Orthographe*, 1978, p. 94.

⁶¹ Catach, “Décret”, 1991; Guion, *Institution*, 1974. Para Benveniste y Cherviel, *Orthographe*, 1978, p. 94, el comentario es menos matizado: “Estrechez de la norma, identificación gradual del uso de dicha norma, diferenciación progresiva de las nociones de gramática y de ortografía: a tales fenómenos los acompaña una burocratización de la ortografía.”

⁵⁷ Rosenblat, “Ideas”, 1960, p. CXXVIII.

⁵⁸ *Le Français moderne*, “L’orthographe et l’histoire”, 1976.

HEMEROGRAFÍA

El Diario de México, 1807.

El Progreso, Santiago de Chile, 1844.

El Siglo XIX, México, 1843.

BIBLIOGRAFÍA

-Agüeros de la Portilla, Agustín, "El periodismo en México", *Anales del Museo Nacional*, México, 1910, t. II.

-Bello, Andrés, *Obras completas*, Ministerio de Educación, Caracas, 1960, vol. v.

-Benveniste, Claire-Blanche y André Cherviel, *L'orthographe*, Maspero, París, 1978.

-Catach, Nina, "Un décret imaginaire: le décret de 1832", *Mots* 28, "Orthographe et société", septiembre, 1991.

-Cifuentes, Bárbara, "Entre dialecto y provincialismo: una polémica entre Melchor Ocampo y Vicente Salvá", ponencia inédita, presentada al I Congreso de Historiografía Lingüística de Acatlán, 1997.

-Contreras, Lidia, "Los académicos chilenos ante la gestión ortográfica", *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, núm. 70, 1992.

-García Icazbalceta, Joaquín, *Vocabulario de mexicanismos*, Academia Mexicana de la Lengua, México, 1975 (edición facsimilar).

-Garritz, Amaya, *Impresos novohispanos*, UNAM, México, 1990.

-Guion, Jean, *L'institution orthographe*, Centurion, París, 1974.

-Henríquez Ureña, Pedro, "Villaurreutia y la novela inglesa" [1927] en *Estudios mexicanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

-Jiménez Codinach, Guadalupe, *La Gran Breña y la independencia mexicana 1808-1821*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

-*Le Français moderne*, "L'orthographe et l'histoire", enero, 1976.

-Martínez, José Luis, "México en busca de su expresión" en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1976, vol. III.

-Noboa, A. M., *Gramática filosófica de la lengua española* de A. M. Noboa, corregida, aumentada i mejorada por José Segundo Florez, A. M. Lefebvre, París, 1853.

-Ocampo, Melchor, *Obras completas*, Gobierno del Estado de Michoacán, Morelia, 1985, t. I, "Viaje de un mexicano a Europa", y t. III, "Obras científicas y literarias".

-Pelegri, Lamberto, *Elementos de la Gramática Universal aplicados a la lengua española*, Achard impr., Marsella, 1825.

-Pinilla, Norberto, *La Controversia Filológica de 1842*, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1945.

-Porquet, A., "Le pouvoir politique et l'orthographe de l'Académie au XIXe", *Le Français moderne*, "L'orthographe et l'histoire", enero, 1976.

-Revilla, Manuel, *Causas de por qué no se aprende ortografía en la Escuela Nacional Preparatoria*, Ondovilla, México, 1914.

-Revilla, Manuel y Alejandro Quijano, *Un dictamen sobre la ortografía fonética*, Murguía, México, 1916.

-Rodríguez, Miguel, "Ortografía rebolesionaria", *Actes du colloque L'espagnol d'Amérique: formes, discours*, ALMOREAL-Presses Universitaires du Mans, París, 1997.

-Rosenblat, Ángel, "Las ideas lingüísticas de Bello" en Andrés Bello, *Obras completas*, Ministerio de Educación, Caracas, 1960, vol. v.

-Ruiz Castañeda, María del Carmen, "El conde de la Cortina y el Zurriago Literario", *Cuadernos de Estudios Literarios*, UNAM, núm. 8, 1974.

-Saint Gérand, J. P., "La question de l'orthographe entre 1825 et 1851", *Le Français moderne*, "L'orthographe et l'histoire", enero, 1976.

-Sáiz y Rodríguez, "Gallardo y la crítica de su tiempo", *Revue Hispanique*, vol. LI, 1921, pp. 305-369.

-Sarmiento, Domingo Faustino, "Ortografía" en *Obras completas*, Belin, París, 1909, vol. IV.

-Sicilia, Mariano José, *Lecciones elementales de ortología y prosodia*, Librería Americana, París, 1827.

-Stuven, Ana María, "Social Consensus in Chilean Political Culture: Disputation and Dis-

sent, 1841-1851", tesis de doctorado, Stanford University, 1991.

-Valadés, José C., *Don Melchor Ocampo, reformador*, Editorial Patria, México, 1954.

-Verdevoye, Paul, *Domingo Faustino Sarmiento, éducateur et publiciste (1839-1852)*, Institut des Hautes Etudes d'Amérique Latine, París, 1963.

Wold, Ruth, *El Diario de México*, Madrid, Gredos, 1970.